

RIESGO Y AVENTURA DE LA RAZÓN ILUSTRADA

Miguel A. Pastor Pérez



[Estudio bibliográfico y crítico de / A bibliographical and critical study of: E. BELLO, *La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado*. Ed. Akal, Madrid 1997, pp. 141]

Eduardo Bello nos hace una propuesta amable e interesante sobre un tema que sin duda conoce bien y describe mejor: el pensamiento ilustrado como riesgo y aventura de la razón.

A través de seis capítulos se discuten, analizan y remueven las cuestiones problemáticas que caracterizan no ya a la Ilustración y al siglo XVIII, sino la propia actualidad (modernidad) y post-modernidad. Y se hace usando como capacitado instrumento actualizado aquél eficaz de la Ilustración: la *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts y de Métiers*, 1751-1772 (Parma, Franco Maria Ricci Editore, 1970-1978, 17 vols.).

La obra de Bello tiene como apertura una reflexión-investigación sobre el significado hoy –desde el horizonte intelectual y temporal que ha visto aparecer la obra de J.F. Lyotard, *La condición postmoderna* (1979), y en general el denominado “pensamiento débil”– de lo que pueda llamarse *el pensamiento ilustrado*. Para ello la línea sustentativa del Profesor de la Universidad de Murcia se abre en varias direcciones, a cual más sólida, desde las propuestas por J. Habermas, J. Rawls, A. MacIntyre e incluso de J. L. Borges, que convergen no ya hacia una respuesta sino hacia una nueva forma de interrogar sobre la cuestión planteada por vez primera por J. F. Zöllner (*¿Qué es la Ilustración?*) que, “como forma de interrogación filosófica de nuestra propia actualidad, como ontología crítica de nosotros mismos... hay que ‘mantener presente y retener en la conciencia como aquello que debe ser pensado’” (pág. 27). Esta perspectiva marca el primer capítulo.

El segundo capítulo, “La razón y su historia: otra manera de pensar”, plantea la crisis de la conciencia europea en el momento en el que el redescubrimiento de la razón se convierte en una aventura. La aventura del pensar o la osadía del saber que opondrá luz y calor (no sólo en un sentido metafísico sino más bien químico-ontológico) al frío oscuro de la ignorancia, la superstición, el miedo. Y en ello desempeñará un papel fundamental el filósofo (*le philosophe*), el hombre que se guía por las luces de la razón. Libertino, hombre de experiencia, más epicúreo que estoico, sociable y socializante –pues “el amor a la sociedad no sólo lleva al ‘filósofo’ a disfrutar de ella, sino también a hacerla más justa, es decir, a transformarla” (pág. 34)– y en definitiva activo, subversivamente activo. Con estos mimbres la dialéctica entre razón y fe, en efecto, no puede ser simplemente una cuestión de fronteras, sino una redefinición crítica del mundo y por tanto de la forma de vivirlo, que aún siendo audaz es limitada.

El capítulo tercero, “Acerca del hombre y de la mujer”, está dedicado a la Antropología. En realidad, más específicamente, se dedica al problema, a los nuevos planteamientos del problema, en torno

a la "naturaleza humana". ¿Una naturaleza dual que monopoliza sobre el hombre los caracteres esenciales de ser el ser, obviando a la mujer? Lo cierto es que la Ilustración "demuestra ser el terreno propicio para la polémica, para las reivindicaciones de esa mitad olvidada de la humanidad" (pág. 62) que es la mujer. Pero, ¿qué mujer?: "no hay una mujer, sino distintos tipos de mujeres pertenecientes a medios sociales diferentes: la cortesana, la aristócrata, la burguesa, la mujer del pueblo, la campesina, etc." (pág. 63). A pesar de las apariencias infraestructurales, y por lo que a los sexos cuenta, la reivindicación ilustrada se plantea la *igualdad* de la "mujer" en los mismos términos que para el "hombre" o la "humanidad". No podía ser de otro modo en una época en la que la reivindicación de la razón, que caracteriza lo humano, nos hace a todos —sin distinción de sexo— igualmente portadores de derechos.

De cualquier forma, ante la indagación de este actualizante asunto, no deja de echarse en falta una manifestación más explícita por parte de muchos autores que, aún estableciendo el fundamento de la singularidad y de la identidad de la persona en la conciencia de la libertad y de la razón, dejan todavía sólo en invitación explícita a la mujer sola, la audacia para saltar el obstáculo de los tutores empuñados en mantener en "minoría de edad" sobre todo al "bello sexo".

Curiosamente es dentro de este capítulo donde, en la mostración de diversas "controversias sobre la naturaleza humana", en lo concerniente a la naturaleza histórica y al conocimiento de la historia como ciencia, el autor incluye a Vico como un decisivo aporte (vid. pág. 51 y págs. 53-54), en contraste con la filosofía racionalista de la historia; y en cuyas tesis de Vico el autor advierte el problema de que "pese a su novedad subversiva frente a verdades absolutas y racionalismos abstractos, es que sólo ha contado *a posteriori* en la historia de la Ilustración" (pág. 54), llegándose a sugerir que este hecho se podría haber debido a que Vico no supo reaccionar a tiempo, como en cambio sí hiciera Hume, cambiando de estilo y de táctica editorial para llegar a ser célebre entre sus contemporáneos.

El cuarto capítulo ("La *Encyclopédie* o el poder liberador de la razón") es, a nuestro juicio, uno de los más estimulantes de este ensayo, en cuanto se asume la "Enciclopedia" como acontecimiento decisivo de la historia europea, como monumento a la libertad humana, como mito, como resultado de la razón constructiva y liberadora, como epopeya de los tiempos modernos y como aventura del filósofo en el espacio del saber. Y sin duda tuvo que significar todo eso si se atiende a la cantidad y a la calidad de las resistencias que encontró, al encono de los enemigos, a las trabas tanto de la Iglesia como del Estado.

Bello nos pasea de forma amena y ágil, pero también rigurosa, por las condiciones intelectuales que exigían una obra de tal carácter, por un lado, y por el otro nos muestra las condiciones históricas concretas que posibilitaron su alumbramiento y desarrollo durante veintidós años, teniendo en contra a las instancias universitarias, eclesiásticas y políticas, a veces por separado y a veces todas juntas. No podía ser de otro modo ante una obra que busca el saber acerca de la naturaleza, "el concepto central en la primera mitad del s. XVIII y, tal vez, del pensamiento ilustrado" (pág. 75), el saber acerca de la vida "cuando se descubre el sentido de la felicidad en la tierra... (en la que) la vida, la enfermedad y la muerte son problemas que la medicina (también la química) ha de resolver, para garantizar el disfrute de aquella felicidad" (pág. 77) y el saber acerca del hombre, de la sociedad, las ciencias humanas: la psicología, la economía política, la sociología, la lingüística y la semiótica.

La "Enciclopedia" es así un instrumento de investigación, incompleto sin duda, pues contiene "errores, omisiones e inexactitudes... pero de excepcional estímulo para la reforma del pensar y del saber" (pág. 80). Y en cuanto tal, nos preguntamos nosotros, ¿puede ser un instrumento de transformación de la realidad moral y política, es decir práctica?

La respuesta nos la proporcionará Bello a lo largo de las 50 páginas que constituyen los dos últimos capítulos (V. "Las bases de la democracia moderna" y VI. "Ilustración y modernidad inacabada: principios para la convivencia").

Una de las dimensiones más sobresalientes de la Ilustración está claro que es la de la acción política. El *atrévete a saber* se convierte en *atrévete a actuar*. Por ello la producción en este campo no puede ser más rica y deslumbrante: Locke, Montesquieu, Rousseau, Kant. Una producción teórico-

política efecto de una atenta observación de la realidad social unas veces, de la implicación personal otras, y siempre del convencimiento de la necesidad de un nuevo modelo de relaciones sociales y políticas. Desde esta perspectiva el problema básico se centrará en la cuestión de la *legitimidad del poder* que no hace sino replantear, desde una actitud crítica, el fundamento del poder absoluto, es decir el origen y definición del poder. Los corolarios de este problema raigal no podían ser sino el *principio de la división de poderes*, el *principio de la soberanía popular* y la *constitución perfecta*. “Toda verdadera república, escribe Kant, es –y no puede ser más que– un sistema representativo del pueblo, que pretende, en nombre del pueblo y mediante la unión de todos los ciudadanos, cuidar de sus derechos a través de de sus delegados (diputados)” (pág. 98). Libertad y legalidad son, pues, principio-condiciones indispensables para la convivencia político-social. Pero el desarrollo y la complejidad que las sociedades van alcanzando obligan a re-pensar otros, de los cuales Bello trata en el último capítulo.

La modernidad, tal como la entiende el autor siguiendo a Habermas, la realización racional y actualizada de las condiciones de existencia individual y social del proyecto ilustrado exige re-pensar en su actualidad principios-derechos como la tolerancia, los términos de la libertad, la igualdad que no es fraternidad, la justicia en su realización, el derecho de resistencia al poder, la desobediencia civil, la paz y el desarrollo mundial. Proceso histórico de desarrollo contradictorio por cuanto ha implicado al Estado como factor de ampliación y protección de ciertos derechos fundamentales, exigiendo su validación metapolítica en la constitucionalización democrática, y al mismo tiempo rechazando la intervención bien directa, bien indirecta, o a veces incluso sólo tangencial, de ese mismo Estado que no obstante debe garantizarlos a través de las limitaciones y controles del poder. Hasta que no se resuelva esta contradicción, “mientras tal vida no tenga lugar, sólo podremos hablar de modernidad como proyecto o modernidad inacabada” (pág. 129).

Aun participando, en algunos aspectos, de esta falta de optimismo si pensamos que la modernidad ha terminado, los destellos que anuncian nuevos tiempos, desde el campo de la ciencia, de la técnica, incluso la agitación que se percibe en el campo de la ética y de la política y que se manifiesta en la bioética, en la exigencia de dignidad y calidad de vida y de muerte, defensa del medioambiente y de la naturaleza, el legado a las generaciones futuras, en cuanto no son sólo ya problemas éticos, sino también socio-políticos, permiten pensar que una nueva época, que ciertamente aún no estamos en condiciones de asumir, tal vez ni siquiera de definir, está surgiendo. El nombre que se le ponga a ésta, probablemente será lo menos importante.

* * *

